

de la tiranía á declararse á favor de su ejército y á mudar la milicia de Londres. No guardando ya entonces ningun respeto los oficiales de la ciudad, fueron tumultuariamente á Westminster, y obligaron al parlamento á restablecer desde luego la primera milicia: con cuyo motivo habiéndose levantado los individuos de las dos cámaras, el orador de los pares y de los comunes, acompañados de otros cincuenta parlamentarios, salieron con enfado y se retiraron al ejército sedicioso, exclamando que estaba violada la libertad del parlamento. Al instante los que quedaron en la asamblea de Westminster nombraron otros oradores, y uniéndose con el ayuntamiento de la ciudad, decretaron que los once miembros acusados fuesen restablecidos en sus funciones, que el Rey fuese trasladado á Londres, y que las milicias urbanas eligiesen un gefe que las mandase, con las nuevas tropas que se aumentarían.

Armóse en efecto; pero solo se sostuvo este vigor hasta que Fairfax y Cromwell se presentaron con su ejército delante de Londres. Cualquiera hubiera dicho entonces que no se habia tratado de hacerles resistencia, sino de prepararles un triunfo. Se les abrieron las puertas, entraron como señores, y no tardaron en dar á entender que lo eran. Llevaban consigo á los desertores del parlamento, que se habian retirado bajo sus banderas: los condujeron con pompa á las salas de Westminster, de donde arrojaron á todos los que les eran sospechosos, y formaron un parlamento á su gusto. Despues hicieron que se

les entregase la torre, y pusieron en ella un gobernador y una guarnicion de su partido. Así las demás fortificaciones como las milicias quedaron en estado de no poder causarles ninguna inquietud. El mando de la marina se encargó tambien á partidarios de toda confianza; de suerte que no hallando ya el tirano ninguna contradiccion, solo le faltó para dominar con total seguridad sacrificar al dominador legitimo.

Por mas adelantado que estuviese este proyecto infame, era todavía difícil y muy peligrosa su egecucion. Las desgracias del Rey y las indignidades que se le habian hecho padecer, despertaron el amor y el respeto en el corazon de los pueblos, los cuales por otra parte empezaban á mirar su restablecimiento como el medio mas seguro de dar fin á los disturbios y á las calamidades públicas. Aunque era grande el terror que inspiraba la tiranía, llegaron las quejas de aquella nacion libre á los oidos de los tiranos. Los escoceses, que habian vendido al Rey, prorumpian en amenazas, y trataban públicamente de crimen de estado el empeño de no admitir aquel Príncipe, como lo pedia repetidas veces, á tratar en persona con el parlamento, que era el primer consejo del Monarca y de la nacion. No manifestaban menos descontento los presbiterianos de Inglaterra, que eran la parte principal del reino, y habian empezado ya á sentirse algunas conmociones en varias provincias. Aun en el ejército de los tiranos se renovó el afecto á su Soberano desgraciado, y gran parte de los soldados y oficiales estaban enteramente decididos á su favor. Los mismos



agitadores, opuestos á la monarquía, pero republicanos de buena fe, echaban de ver que Cromwell fingia serlo para hacerse dueño absoluto del gobierno, y despojarlos del poder con que los habia lisongeado.

45. El apuro era grande, y el peligro próximo para el gefe de la tiranía, el cual, en vez de la víctima, cuyo sacrificio meditaba, podia ser sustituido á ella de un momento á otro. Para huir de este riesgo, presentó Cromwell una escena nueva, y desempeñó tan bien su papel, que engañó á toda Europa haciéndola consentir en el próximo restablecimiento del Rey. Carlos fue conducido con ostentacion al palacio real de Hamptoncourt, y no se trataba ya de un preso, sino de un Monarca en el estado de su gloria, rodeado de una corte numerosa y brillante. Vió á sus hijos, trató con sus amigos, escribió á la Reina siempre que quiso, y recibió sus respuestas. Todos querian ser los primeros en rendirle homenaje, y Cromwell escedia á todos en demostraciones de respeto, de amor, de fidelidad y de deseos de acabar con cuanto se opusiese á su mas completa satisfaccion. Pero mientras el malvado deslumbraba así al público y al Rey, enredaba en el parlamento para que se propusiesen al Príncipe las condiciones mas contrarias á su honor y á su conciencia, insistiendo sobre todo en la abolicion del episcopado anglicano, que Carlos, por un efecto de la extravagancia de su fe quimérica, creia de institucion divina. Le disuadia en Hamptoncourt de aceptar las proposiciones que por sugestion suya se le enviaban desde Westminster, dándole á entender

que el ejército, que ya se las habia hecho mas racionales, se las haria por último conformes á la delicadeza de su conciencia.

46. Habia jurado el Rey que no saldria de Hamptoncourt sin el consentimiento del ejército. Ya fuese que Cromwell, á fin de irritar al ejército contra un Príncipe perjuro, le hubiese persuadido la fuga, como lo refieren los historiadores realistas, haciéndole temer un asesinato proyectado, ó ya que la dificultad de conseguir que fuese condenado el Rey por la voz pública, hubiese determinado el parricida, como creen algunos, quitarle la vida en secreto, y que esta resolucion hubiese llegado á noticia del Príncipe, entendié éste que debia ponerse en salvo con la fuga, y no hallando otro asilo dió consigo en la isla de Wight. Pero justamente era Wight el lazo en que queria Cromwell que cayese su presa. El pérfido Hammond, á quien habia nombrado gobernador de la isla, y que fue uno de los principales actores en la catástrofe de aquella horrible tragedia, prendió al Monarca y dió aviso al parlamento. Antes de salir Carlos de Hamptoncourt dejó encima de la mesa una carta firmada de su puño, en que protestaba que solo habia huido por libertarse de los atentados de sus enemigos; que perseveraba inviolablemente en desear la paz, y que no pedia otra cosa sino que se le oyese en su parlamento para disipar todos los recelos. Junta esta carta con otra que escribió desde Wight, renovó las quejas del pueblo en tales términos que, léjos de recurrir los tiranos á la violencia, creyeron



que debían usar de negociaciones y de intrigas. Sin embargo, mandaron á Hammond que encerrase al Rey en Carisbrock, castillo fuerte de la isla, y que apartase de él á sus amigos y criados; enviaron una escuadra para que cruzase en aquellas aguas, y dispusieron que se guardase la isla con el mayor cuidado.

Pasaron á Londres, y juntaron el parlamento, despues de haber desviado de él con varias comisiones á cincuenta individuos, de quienes no tenían mucha seguridad. Tomando la palabra el fogoso Ireton, y quitándose de repente la máscara en la cámara de los comunes: „mucho tiempo ha (dijo) que se abusa de la paciencia del tribunal supremo de Inglaterra. Bastante nos da á entender el Rey que no tiene corazon de Rey para sus vasallos. En semejantes casos el derecho de gentes y el natural nos enseñan nuestros derechos. Los contratos de los Reyes y de los pueblos imponen á cada uno obligaciones reciprocas; á los pueblos la de obedecer á sus Reyes, y á los Reyes la de proteger á sus pueblos. Pero nuestro Rey, léjos de protegernos, nos tiene eternamente sacrificados con los furors de la guerra y de la discordia. Por este mismo hecho estamos dispensados de los homenages y servicios á que nos habíamos obligado por el mútuo contrato que celebraron nuestros padres con sus progenitores. Por lo demás, tomad sin recelo la resolucion que conviene á vuestra dignidad y á vuestro celo por el bien público. Teneis, bajo la direccion de gefes seguros, un egército

valeroso, cuyos servicios anteriores son buena prueba de lo que podeis esperar de él en lo sucesivo.” Cromwell añadió al discurso de su yerno, que nada habia ya que esperar de un Principe á quien Dios habia abandonado á su obstinacion; que el parlamento tenia toda la autoridad necesaria para el gobierno del estado, y que para sostener el sistema que mejor le pareciese, podia contarse con la fidelidad y con el afortunado valor de un egército que tantas veces habia triunfado, con tal que no se le diese motivo para sospechar que se pensaba de nuevo en negociaciones, cuyo resultado seria dejarle abandonado á la venganza del enemigo público. „Porque de este modo (continuó) se le quitaría el escrúpulo de no ser fiel á unos cobardes, que habrían sido los primeros en faltarle á la fidelidad, y que neciamente se espondrían á su propia ruina.”

La consecuencia natural de estos discursos era la deposicion del Rey, y al momento se empezó á tratar de ella; pero cuando llega á proponerse una cuestion de esta naturaleza, está ya decidida. Sin embargo, se tardó bastante en reunir el número de votos necesarios, y fue preciso que asegurase la faccion que no se ordenaria mas que la deposicion del Principe. Con esta promesa se aprobó al fin la resolucion en la cámara baja. Infinitamente mayores dificultades se ofrecieron en la cámara de los pares, los cuales conocian muy bien que la ruina de la monarquía ocasionaria la de ellos; y que una vez que no hubiese Rey, tampoco habria pares del reino. Tales fueron las oposiciones,



que jamás se hubiera confirmado el decreto de la deposición si los tiranos no hubiesen presentado sus tropas á la vista de Londres. Entonces se retiraron muchos grandes, protestando contra el decreto, pero le firmaron los que quedaban.

47. Para que los pueblos mirasen con horror al Príncipe, imprimieron los tiranos en forma de declaración legal todas las infamias que pudo inventar la calumnia, hasta el extremo de hacerle sospechoso de haber dado muerte al Rey, su padre. Reservándose Cromwell el papel de hipócrita, que sabia representar con gran perfección, tomaba el tono de profeta, y suponía que los atentados que llenaban de escándalo y horror á todas las naciones, no eran mas que el cumplimiento de las órdenes del cielo. Decía, afectando hablar por inspiración, que sintiéndose naturalmente inclinado á restablecer al Rey, había implorado las luces celestiales para un asunto tan difícil; pero que habiendo querido hablar despues no había podido articular palabra: con lo cual le manifestaba Dios que había reprobado á Carlos I, y no quería ya que reinase. Al mismo tiempo necesitaba enjambres de predicantes y fanáticos, entre los cuales se distinguió el ministro Peters por su talento para embrollar. De este modo proceden las sectas al trastorno de los estados por la ruina de la verdadera religion y de todos sus principios.

48. Es cierto que se han visto sublevaciones y alborotos en todas las comuniones, y aun en las naciones mas católicas; pero hay una diferencia tan

esencial y tan visible entre los principios de unas y de otras, que no puede deducirse de ellos la misma consecuencia. Todos los partidos convienen en que los católicos no pueden sacudir el yugo del Príncipe legítimo, por mas insoportable que se le figuren, y aunque en efecto lo sea, sin faltar al mismo tiempo á su Religion, la cual, segun San Pablo y la tradicion de todos los siglos, les manda obedecer á sus señores, aun cuando éstos los opriman y persigan. El vasallo católico puede, como otro cualquiera, dejar de ser buen vasallo, ó apartarse de la regla que le prescribe su Religion, pero la regla queda siempre la misma, y siempre condena sus desbarros. Si se comparan estos principios, basa única de toda sociedad bien ordenada y de todo orden público, con las máximas religiosas y sediciosas de los sectarios escitados á la rebelion por una conciencia que está perfectamente de acuerdo con su creencia, ¿qué efectos tan distintos no ha de producir la religion de unos y de otros con respecto á la tranquilidad de los imperios? Por lo menos ¿cuánta diferencia no se advierte entre los principios católicos y los de los independientes! Esta secta colocaba en la clase de los contratos mas profanos las obligaciones mútuas, y entendidas á su modo, de los Soberanos y de los vasallos, sin ningun miramiento al carácter sagrado de ungidos del Señor, y sin admitir ninguna otra sancion que la perseverancia, ó por mejor decir, la inestabilidad de las voluntades humanas: es decir, que no admitian mas que un Rey amovible al arbitrio del pueblo, un Rey



sujeto al juicio y al capricho de sus vasallos, un Rey que en efecto no lo fuese, porque un Príncipe que tiene por jueces á sus vasallos, es por el mismo hecho un Príncipe degradado.

Sin embargo, no debia consumarse tan pronto la degradacion del Rey de Inglaterra. No habia experimentado aun la nacion todo el rigor de la sentencia pronunciada en estos términos proféticos, que la convienen con mucha propiedad (1): „Lo que ha de morir, vaya á la muerte, y los que queden, destrúyanse unos á otros.” Un escrito publicado por el Rey en respuesta á la declaracion infamatoria de la tiranía, en el cual pintaba á sus pueblos de un modo patético la profundidad del infortunio en que estaba abismado, escitó una indignacion y un levantamiento casi general contra los tiranos.

Desde luego los mancebos de las tiendas y el populacho empezaron á gritar en medio de Londres: *viva el Rey*, con tanta firmeza y resolucion, que el corregidor tuvo que retirarse á la torre. Despues se juntaron los habitantes del condado de Suray, acudieron tumultuariamente á Westminster, y presentaron al parlamento un escrito, en que pedian que se restableciese al Rey, y se licenciase al egército de los independientes. Al mismo tiempo se formaron partidos y cuerpos de tropas, mas ó menos considerables en el condado de Suffolk, en el de Cornualla, en el principado de Gales y en el condado de Kent. Varios capitanes, bien acompañados, se mostraban por

(1) *Zachar. c. 2. v. 9.*

todas partes en disposicion de pelear, ó se encerraban bajo las banderas del Rey cautivo en las plazas que habian sorprendido ó tomado por fuerza. Fueron imitados aun en el centro del reino por grandes del primer orden, como el jóven duque de Buckingham y el conde de Holland, hermano del duque de Warwick, que antes habia sido uno de los mas celosos partidarios de la faccion parlamentaria. En una palabra, toda Inglaterra se armó en menos de tres meses para defender la buena causa. Al mismo fin conspiraron los criados del Rey, los presbiterianos, la mayor parte de los pares, muchos miembros de los comunes, que no eran de la secta de los independientes, y la ciudad de Londres, cansada ya de la insolencia del egército de los rebeldes. Además de esto penetró en Inglaterra el egército de Escocia, mandado por el duque de Hamilton. Ocho navíos ingleses abandonaron tambien el partido de la independencia, y fueron á entregarse al duque de York, que se habia refugiado á Holanda disfrazado en trage de muger; y añadiendo otros navíos á éstos, formó una escuadra de veinte buques, con los cuales se hizo á la vela, dirigiéndose al Támesis.

49. Al ver una conspiracion tan general, volvieron todos á creer que estaba ya aniquilada la faccion parricida. Pero son irrevocables los decretos del cielo, y no hay fuerza que resista á la mano suscitada para su egecucion. Cromwell, Fairfax, Lambert y todos los gefes de la rebelion, acabaron con cuantos obstáculos se les opusieron por la parte del occidente,



del mediodía y del norte. Para frustrar la reconciliación que continuaba el parlamento negociando con el Rey, hizo Cromwell que se propusieran á este Príncipe las condiciones mas duras, insistiendo siempre en la abolición del episcopado. Todo el mundo conoció la malignidad; pero lo que resultó fue, que se cansaron los mediadores de la reconciliación, y perdieron toda esperanza. En fin, agoviado Carlos con el exceso del infortunio, concedió casi todo lo que quisieron, y aun en cuanto al episcopado, consintió en que se suprimiesen los arzobispos, y en que los obispos solo tuviesen jurisdicción para conferir órdenes. Tambien tuvo la flaqueza de referirse, por lo tocante á este último artículo, á la decisión de un sínodo que habia de convocarse por disposición del parlamento. ¡Fatal y lastimosa delicadeza de conciencia! ¿Pero qué es lo que puede hacerse cuando se ha abandonado el centro de la unidad y de la verdad católica?

En allanar esta miserable dificultad se perdió un tiempo precioso, que supieron aprovechar los revoltosos sectarios. Un solo verano les bastó para terminar la guerra que por todas partes tenían entre sí. Fueron tomadas todas las plazas que seguían el partido justo. Los navíos que quedaban en poder de la facción, inutilizaron todas las tentativas del hijo del Rey. Desembarazado Cromwell de los enemigos que tenía al frente de su ejército, fue volando á socorrer á Lambert, que estaba espuesto á ser acometido por el duque de Hamilton con mas de veinte mil escoceses,

además de un cuerpo numeroso de ingleses realistas. Entre Cromwell y Lambert no tenían mas de diez mil hombres; pero la habilidad de los gefes y el valor experimentado de sus tropas, suplieron por el número. Además de los muertos, con cuya sangre quedó inundado el campo de batalla, hicieron casi tantos prisioneros, cuantos eran los vencedores. En muchas relaciones se lee que llegaron á nueve mil, incluso Hamilton y una porción de gentes distinguidas. Llegando despues hasta Edimburgo, fue recibido Cromwell en aquella ciudad, de unos como amigo, de otros como tirano; pero todos se sometieron por inclinación ó por temor, renovaron de grado ó por fuerza la liga entre los dos reinos, y le dieron el título de conservador de Escocia.

50. Despues de tantos triunfos, en nada se detuvo el malvado, sino cuanto lo juzgaba necesario para continuar alucinando, y principalmente para tener á sus órdenes á Fairfax, que le era muy útil en la ejecución de sus designios. Hizo que se pidiese al parlamento, ya por medio de un regimiento de su ejército, ya por medio de una junta de oficiales, que se castigase sin ninguna escepcion á los que resultasen implicados en los disturbios anteriores. El parlamento, que conocia muy bien cual era la cabeza augusta contra la cual se dirigia aquella requisición vaga, solo trataba de ganar tiempo, cuando el tirano publicó con el título de recursos dirigidos á las dos cámaras por el ejército y por el pueblo inglés, la invectiva mas sangrienta contra el desgraciado



Monarca; y concluía pidiendo que se le castigase como á reo de toda la sangre derramada en las últimas guerras; que se procediese jurídicamente contra ciertos parlamentarios, á quienes se designaba; que se aboliese el parlamento actual, y que se estableciese una especie de potestad que representase al pueblo y gobernase el estado en su nombre. Escitaron tanto horror estas proposiciones, que el parlamento mostró una firmeza que no se esperaba de él.

Entonces, á persuasión de Cromwell, entró Fairfax en Londres con diez mil hombres, al mismo tiempo que otro número de tropas se apoderaba del Rey para trasladarle á Windsor. Estaba Carlos conferenciando con algunos diputados, cuando fueron á decirle que era menester ponerse en camino. Se mostró menos afligido que ellos, y se despidió con una firmeza de alma, que los llenó de admiración y de lástima. „Creo (les dijo) que no volveremos á vernos. Cúmplase la voluntad de Dios. Espero con resignación cuanto puedan hacer conmigo los hombres, y os deseo una suerte mejor que la mia. Pero ahora debeis conocer que vuestra ruina es inseparable de la mia. Nada ignoro de lo que se maquina contra mí y contra mi familia, pero esto no me interesa tanto como los males que amenazan á mi pueblo.” ¡Sentimientos dignos de otro destino, y sobre todo de otra religión! Los tres reinos británicos, todas las cortes extranjeras, y en especial la de Francia, particularmente interesada en la defensa de un Rey que tenía por esposa á una hija de Enrique el Grande, y

miraba la traslación del Rey como el prelude inmediato de la mayor iniquidad, toda la Europa se horrorizó y se indignó; pero su indignación fue estéril y absolutamente inútil por razón de las circunstancias de aquellos tiempos.

51. La Francia tenía sobre sí, además de la guerra intestina, ó de los chismes domésticos, conocidos con el nombre de la *Fronde*, y sin contar los embrollos de una menor edad tempestuosa, todas las fuerzas de la casa de Austria, y no podía menos de ser vencida, si se conciliaba también la enemistad de los ingleses, fuertemente solicitados por la España. La misma España, todos los estados de Alemania, la Italia, la Holanda, los reinos del Norte, agoviados con el peso de una guerra tenáz, sostenida por espacio de treinta años, léjos de pensar en tomar parte en las desavenencias estrañas, solo deseaba la paz, que por fin llegó á negociarse; pero sufría grandes dificultades á causa de los varios intereses y pretensiones de una multitud casi infinita de partidos contrarios. Parecía que los apuros á que todos ellos se hallaban reducidos, habían de facilitar la conciliación; pero estos mismos apuros, que con corta diferencia eran iguales en todos los partidos, hacían mas difícil la concordia, porque no quedaba nadie en estado de dar la ley, nadie quería sujetarse á recibirla. Irritados los ánimos con la contradicción, se prorumpía en insultos en medio de las conferencias, y solían éstas romperse cuando creían todos que se había llegado á términos de concluir.